

La vida en infinitivo

Yolanda Ortiz Mallol

Pocas cosas tan universales como una historia personal, como el relato de lo propio, de lo singular, en el que la búsqueda de la identidad, la condición de ser madre, la voluntad de instalarse en la belleza o de dejarse transformar por el amor hacen de lo ajeno parte de uno. Tal es el caso de *Ru*, una novela, como su autora, aparentemente pequeña que narra la vida de una niña vietnamita con un destino establecido antes de nacer y a la que el exilio forzó, como al resto de su familia, a forjarse uno nuevo.

Escrita en primera persona y con el conflicto bélico como punto de partida, la historia nos conduce a través de la huida y los campos de refugiados hacia una especie de tierra prometida en la que, sin embargo, se carece de puntos de referencia, y con una lengua desconocida que hace de uno, sin pretenderlo, un individuo mudo y sordo. Guerra, exilio e inmigración; circunstancias, pues, perfectamente extrapolables ante las que el lector occidental, pese a las diferencias culturales, se reconoce sin dificultad a través de sí o de sus antepasados.

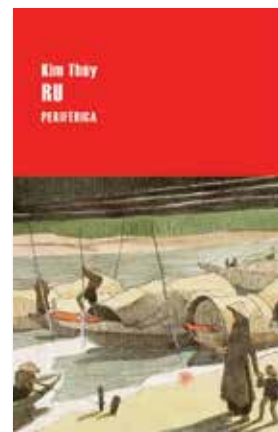
La vivencia de la guerra desde la primera infancia condiciona indefectiblemente la actitud de la persona ante lo que será su vida, haciendo que se configure esta como una lucha contra uno mismo, un silente “combate donde la tristeza implica la derrota”, nos dice Thúy. De aquella solo se sale vencedor o vencido, y tras ella no siempre resurge la paz –guerra y paz no son antónimos, nos recuerda la protagonista–, sino que a veces devienen únicamente el caos y la opresión; la guerra dentro de la paz. Y se aprende. Se aprende a identificar el miedo a través de los ojos del adulto, se educa uno en la pérdida progresiva –del propio espacio, de la intimidad, de la palabra hablada– y se entrena en el ejercicio de la huida, esperando como el presidiario la llegada del momento oportuno.

Y si la guerra determina un carácter curtido en el abandono de los márgenes y la indolencia, el exilio modula también a su manera el esqueleto existencial, trastornando, en este caso, la sensación de eternidad con la que vivimos pese a ser conscientes de nuestra finitud, ya que cada nuevo día se encarga de hacernos constatar “el precio del tiempo, su justo valor, su gran escasez”. En su andadura se visualiza con mayor nitidez el hecho

evidente de que estamos de paso y de que más nos vale viajar ligeros de equipaje; de ahí que comente el *alter ego* de Thúy en la novela que no adquiere nada que supere su estatura. Todo ello lo aboca a uno a instalarse en el presente, y no sólo porque el tiempo sea “infinito cuando no se espera nada”, sino porque todo, absolutamente todo confluye en el hoy; el recuerdo del pasado hace de él presente y la verbalización del futuro, de alguna forma, lo transforma en espacio coetáneo. Una confusión de estaciones vitales que se hace mucho más sencilla cuando se practica un idioma donde no existen los tiempos verbales. El vietnamita habla en infinitivo, ignora pretéritos o condicionales; de ahí que las historias de Kim Thúy no sean lineales –“no sé estar en el pasado y tampoco sé ir hacia el futuro”, comenta en una entrevista–, sino que fluyen en una marea que se acerca y aleja como la que la llevó hasta la costa de Malasia, desde la que viajó hasta Canadá haciendo de ella una extranjera en suelo ajeno.

El inmigrante es alguien que, para vivir, tiene que aprender a usar las manos mientras la boca ensaya sílabas desconocidas. Alguien en continua búsqueda del matiz, que ansía poder acotarse, poder presentarse ante el otro a través del verbo elegido. No es poco; somos nuestros matices. Escribía otro castigado por la insidia, Ósip Mandelstam, que “los labios humanos conservan la forma de la última palabra dicha”; de ahí que haya que ejercitarse en la belleza, y verbalizarla, una constante en los libros de Kim Thúy, para quien vencer en la vida significa someter la tristeza y para la que “un horizonte oculta siempre otro”.

Constituye *Ru* la primera obra de su autora, aunque su edición sea posterior a las dos que la siguieron, editadas también por Periférica: *Mãn*, novela succulenta y fragmentada, y *Vi*, donde la protagonista retorna al cabo de las décadas al lugar de origen; sin pretensión de permanencia, pero con el gozo de quien observa en su país un paralelismo con el resurgimiento personal. Tres novelas escritas desde diferente prisma, pero que comparten la misma vocación luminosa y donde, más allá de las marcas propias que produce el exilio, se abordan asimismo temas que a todos nos tocan, como la comprensión de las decisiones de una madre a través del propio ejercicio de la maternidad, la sensación de



Ru
Kim Thúy
TRADUCCIÓN DE Manuel Serrat Crespo
PERIFÉRICA
(Cáceres, 2020)
200 páginas
17 €

Novela anterior a las otras dos ya publicadas, Kim Thúy ha escrito una “canción de cuna” (significado de Ru en vietnamita) sobre la infancia, el exilio y la inmigración

exclusividad que otorga solo el amor o el diálogo entre la herencia de vida y el propio caminar.

Uno es de donde lo dejan ser, y Kim Thúy es una canadiense de metro y medio que disfruta combinando la salsa de pescado vietnamita con el jarabe de arce en las costillas de cerdo. Al fin y al cabo, es un respiro constatar que, como opinaba Proust, lo que acerca a las gentes es la consanguinidad del espíritu, y que no es ello algo, por otra parte, difícil de alcanzar, aunque sea tan sólo por el hecho de que “el número de tipos humanos es hartamente limitado como para que no goce uno del placer de encontrarse con gente conocida”.